

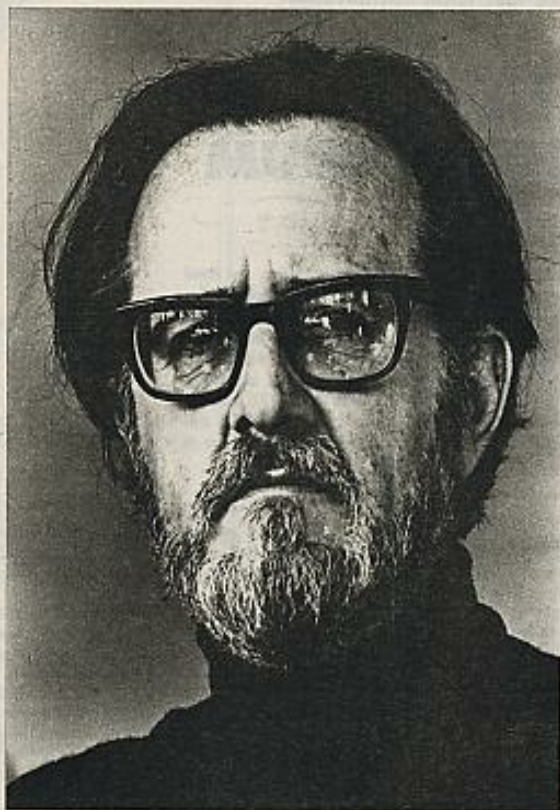
LIBROS

También Donoso pide fuego

La aparición por vez primera en España de *Este Domingo* (1), novela que José Donoso publica en 1966 en Santiago de Chile, pone al lector de este novelista y en especial de *El obsceno pájaro de la noche*, en una tesitura compleja: la redacción de esta última obra, aparecida en 1970, duró seis o siete años, cruzándose por tanto con la de *Este Domingo*, y hay pruebas palpables del entrelazamiento de situaciones, aunque sea otro el enfoque narrativo de la novela que comentamos. Son persistentes, a través de toda la producción de Donoso, ciertas preocupaciones o ejes de visos sociológicos, sin que por ello caiga nunca en el sociologismo esquemático o primario. De ahí precisamente el interés por *Este Domingo*, aunque se trate de una novela palpablemente "anterior" a *El obsceno pájaro*. Los hechos de un domingo clave en la historia de dos personajes relacionados por un viejo matrimonio y por la costumbre animal de una convivencia que sólo tiene de ello el espacio, la casona familiar, son la anécdota que sirve al novelista para adentrarse por dos situaciones vitales tan semejantes por su huera nadería interna como de semejantes por su expresión externa.

Un tercer personaje, de generación distinta, sirve de introductor, de ambientador a ese domingo crucial para aquéllos, pero igual a tantos otros domingos de su infancia ya pasada para el ambientador. Quizá pudiera extraerse una anécdota dramática de la novela, pero no hay que minimizar el intento de Donoso que no ha buscado tanto el relato simple de unas aventuras cuanto la descripción de un ambiente gris y decrepito donde vegeta la alta burguesía chilena, verdadero cuerpo de su dirección: una existencia hecha de naderías, reuniones familiares

(1) José Donoso: *Este Domingo*. Seix Barral, Barcelona, 1976.



José Donoso.

sin sentido, manías vejanconas, cretonas con su patina de vejez ennoblecida, decadencia total de unos huesos vacíos de significado y de destino pese a haber recorrido casi todo su trayecto vital; las relaciones familiares son una costumbre aprendida y movida por campanadas de rejoy, por hechos temporales como los domingos, que reúnen a los "pacientes" incapaces de romper con los respetos impuestos por una estructura familiar de dominación. A la encarnación de un mundo que se agota —Don Alvaro—, Donoso ha enfrentado otra vaciedad, pero ésta de mayor interés literario: su mujer, Misiá Chepa, que pierde sus días en rifas y acciones de caridad hasta que en un presidiario vuelca un amor de mosaico: la vieja dama ha alcanzado una edad en que, ni esposa ni madre, se convierte en un esperpento de amor materno-sexual que no llegará a realizar, pues, aunque medite a sus años en la posibilidad su pertenencia a una clase le ha ido desproveyendo de todos los resortes que impulsan a un ser libre a realizar la objetivación de sus deseos, sentimientos o ganas. Atrofiado, decrepito, el personaje de Misiá Chepa, que danza fantasmal su giga en el mundo de suburbio y de cárcel —también las mejores páginas

de *El obsceno pájaro* rondaban el tema esperpéntico— está lleno de vida desde el punto de vista narrativo: Donoso socava esa sombra repulsiva para ponerla en el espejo de la frustración más total. Pero no es, pese a las migas de psicologismo que sobre ella deja caer Donoso, esta figura la que se sienta en el vértice de la picota: la estructura de *Este Domingo* apunta a una familia determinada en el seno de una sociedad determinada que marca costumbres, repeticiones, naderías; que mojonera sentimientos y formas de conducta; que prescribe incluso vaciedades y la decrepitud más huera. Frente a tal cúmulo de sometimientos, sólo hay dos posibilidades: la lenta destrucción de los personajes que la aceptan, o el fuego para esa sociedad. Por eso, simbólicamente, el introductor ya adulto no tiene el menor reparo en las últimas líneas en desear el incendio para la casona familiar, escenario de sus juegos infantiles y también representación del mundo anodino, del cadáver que la alta burguesía propicia para el hombre, como bien ha ejemplificado la historia de los abuelos del protagonista: el fuego hasta que ese mundo desvitaminizado y sangujolero sea ceniza, sólo ceniza. ■ MAURO ARMIÑO.

Lourdes Ortiz:  
La verdad,  
la pasión  
y la memoria

Lourdes Ortiz pertenece a esa generación de escritores jóvenes que en este país empiezan a mirar atrás sólo con cierta ira. Que conservan las viejas ilusiones de cambio social, político o simplemente humano, pero que, velados por un discreto escepticismo, consienten en un pasado que pasó, con todo lo que tuvo de estreno, de descubrimiento y desgarró, de pequeña perversión y pérdida. Y como consecuencia, en este país donde se mira hacia atrás siempre —con nostalgias o con rabia— se deciden a nombrar ese pasado cercanísimo y vulnerable, que sólo el tiempo convirtió en historia. Pero que contiene, irrenunciable, el secreto de nuestra reciente identidad. Y nombrar esa identidad, sea cual sea, es el deber y tarea del novelista.

*Luz de la memoria* (1) nos cuenta, pues, la historia de una generación y de unos principios. De todos esos traumas que en los primeros sesentas iniciaron la verdadera posguerra española. Un personaje, Enrique García. Una situación: la recomposición de la *resistencia*, del movimiento obrero, del movimiento estudiantil, que preludiaría los gloriosos contestatarios años 68-69. Y un ambiente: el del clandestino y recién remontado Partido Comunista en la Universidad, que sufre en su seno las primeras crisis y las primeras críticas; la influencia del pensamiento triunfante de Mao, la impaciencia de los jóvenes revolucionarios, que, sin imposibles recuerdos de la guerra civil o las glorias republicanas, han perdido el respeto a las direcciones burocráticas. Las primeras organizaciones de extrema izquierda, la fuerza poderosa de un cambio de costumbres que estremece a la católica España de las clases medias, reciente la ilusión de la demagogia autárquica, el boicot internacional.

En al menos dos tiempos, y fabricando toda esta historia, Enrique García, esa *oveja negra* débil y dulcísima, vive el presente de su destrucción, y sueña, refunde, confunde un pasado inmediatez que, al margen de las anécdotas, le conduce irremediable hacia la muerte.

(1) Lourdes Ortiz: *Luz de la memoria*. Ed. Akal, Madrid, 1976.